



**EstuDAv**  
Revista Estudios Avanzados

Estudios Avanzados  
Nº 43, 2025: 79-102  
ISSN 0718-5014

Artículo  
DOI <https://doi.org/10.35588/jy5sh850>

Dossier Estudios transregionales: Propuestas metodológicas y teóricas para aproximar las relaciones históricas y los vínculos contemporáneos entre Asia y América Latina



## Reorientando América Latina a través de un análisis transpacífico

*Reorienting Latin America  
through a transpacific analysis*

*Reorientando América Latina  
através de uma análise transpacífica*

**Monica DeHart**

University of Puget Sound

Tacoma, Estados Unidos

ORCID <https://orcid.org/0000-0001-5953-833X>

[mdehart@pugetsound.edu](mailto:mdehart@pugetsound.edu)

---

**Recibido**  
24 de marzo de 2025

**Aceptado**  
13 de noviembre de 2025

**Publicado**  
16 de diciembre de 2025

**Cómo citar**  
DeHart, M. (2025). Reorientando América Latina a través de un análisis transpacífico. *Estudios Avanzados*, 43, 79-102,  
<https://doi.org/10.35588/jy5sh850>

## Resumen

Dos décadas de relaciones florecientes entre China y América Latina son tan solo uno de los indicios de un orden mundial cambiante que nos exige repensar los marcos teóricos que utilizamos para entender las relaciones transregionales. Este artículo describe cómo un análisis transpacífico puede ayudarnos a comprender mejor las relaciones conceptuales y materiales entre América Latina y Asia a través de la siguiente pregunta: ¿Qué ocurre cuando trasladamos nuestro énfasis desde la comparación de lo que desde hace mucho tiempo se ha entendido como «áreas» separadas a interrogar su co-constitución material e intelectual? El análisis se basa en mi investigación etnográfica original en América Central y participación en el fértil campo de los estudios académicos transpacíficos para sugerir que una analítica transpacífica puede trascender las geografías de la diferencia y los puntos críticos transdisciplinarios tradicionales que han definido los estudios de área para ofrecer un acercamiento transregional sólido. Incorporando una historia más larga y compleja de las relaciones en todo el Pacífico y utilizando un acercamiento metodológico translocal, argumento que un marco transpacífico puede esclarecer las relaciones contemporáneas entre China y América Latina para enfocarse menos en ellas como un campo de batalla por la hegemonía mundial y más como un espacio para invocar mundos nuevos.

**Palabras clave:** China, América Latina, América Central, transpacífico, translocal, relaciones transregionales.

## Abstract

Two decades of flourishing relations between China and Latin America are just one indication of a changing world order that requires us to rethink the theoretical frameworks we use to understand transregional relations. This article describes how a transpacific analysis can help us better understand the conceptual and material relations between Latin America and Asia by asking the question: What happens when we shift our emphasis from comparing what have long been understood as separate “areas” to questioning their material and intellectual co-constitution? The analysis draws on my original ethnographic research in Central America and engagement with the fertile field of transpacific scholarship to suggest that a transpacific analytics can transcend the geographies of difference and traditional transdisciplinary critical points that have defined area studies to offer a robust transregional approach. Incorporating a longer and more complex history of relations across the Pacific and using a translocal methodological approach, I argue that a transpacific framework can shed light on contemporary relations between China and Latin America, focusing less on them as a battleground for global hegemony and more as a space for invoking new worlds.

**Keywords:** China, Latin America, Central America, transpacific, translocal, transregional relations.

## Resumo

Duas décadas de relações florescentes entre a China e a América Latina são apenas um indício de uma ordem mundial em transformação que exige que repensem as estruturas teóricas que utilizamos para compreender as relações transregionais. Este artigo descreve como uma análise transpacífica pode nos ajudar a compreender melhor as relações conceituais e materiais entre a América Latina e a Ásia, questionando: O que acontece quando mudamos nossa ênfase da comparação do que há muito é entendido como

«áreas» separadas para a investigação de sua co-constituição material e intelectual? A análise se baseia em minha pesquisa etnográfica original na América Central e em meu envolvimento no fértil campo dos estudos acadêmicos transpacíficos para sugerir que uma análise transpacífica pode transcender as geografias da diferença e os tradicionais pontos de interesse transdisciplinares que definiram os estudos de área, oferecendo uma abordagem transregional robusta. Incorporando uma história mais longa e complexa das relações em todo o Pacífico e empregando uma abordagem metodológica translocal, argumento que uma estrutura transpacífica pode iluminar as relações contemporâneas entre a China e a América Latina, deslocando o foco delas desde um campo de batalha pela hegemonia global para um espaço para invocar novos mundos.

**Palavras-chave:** China, América Latina, América Central, transpacífico, translocal, relações transregionais.

## Aguas turbulentas: El problema de los acercamientos actuales

Una de las características definitorias de los análisis académicos de las relaciones contemporáneas entre China y América Latina ha sido la tendencia a plantear que estas conexiones son un fenómeno «nuevo» y «repentino». De hecho, la importante edición especial de 2012 de *China Quarterly*, de Armony y Strauss, comienza la revisión del campo de los estudios de China y América Latina afirmando que:

En menos de una década, China pasó de «básicamente no tener presencia»<sup>1</sup> en América Latina a ser un socio comercial muy importante para muchos Estados latinoamericanos. [...] Desde una perspectiva hemisférica, la presencia de China en América Latina es sorprendente por ser tan repentina y por su escala. (Armony y Strauss, 2012)

Dada la existencia de un corpus bibliográfico en aumento sobre la profunda historia de las relaciones

entre China y América Latina, ¿qué es lo que permite esa visión de China y América Latina como dos desconocidos espacialmente lejanos que de repente se encuentran por primera vez? ¿Cómo podrían los esfuerzos por entender las relaciones transregionales dentro del escenario mundial verse empañados por herramientas analíticas, disciplinarias y de estudios de área? ¿Qué marco alternativo podría permitirnos apreciar la larga historia de relaciones entrecruzadas y co-constitutivas entre aquellas entidades geográficas que ya se habían planteado como diferentes y geográficamente distantes?

Propongo que esta presunta novedad de las relaciones entre China y América Latina es, en parte, el producto de los enfoques de los estudios de área tradicionales que han posicionado a Asia y América Latina como dos entidades categóricamente distintas, basándose en su distancia geográfica, su diferencia cultural esencial y su relación distinta con Estados

1 El entrecorbillado es mío, para destacar la expresión utilizada por los autores.

Unidos. Estas construcciones y su persistente poder analítico dentro de la academia estadounidense demuestran importantes suposiciones ideológicas, epistemológicas y metodológicas que evitan que veamos la relación co-constitutiva y cambiante entre las regiones. El enfoque transpacífico muestra las densas relaciones translocales y ensamblajes globales y, al hacer esto, desestabiliza las áreas y escalas de análisis diferenciadas, visibilizando las dinámicas temporales y espaciales que han formado la base de las relaciones transregionales actuales.

Tal como los críticos han mencionado, los estudios de área fueron el producto de la geopolítica de Estados Unidos durante la Guerra Fría, cuyo objetivo era ubicar poblaciones en territorios que pudieran ser conocidos y gobernados de forma remota (Walker, 2019). Era necesario identificar tanto a amigos como a enemigos, teniendo en cuenta cómo sus historias, culturas e instituciones particulares podían apoyar o subvertir el orden mundial liberal. A pesar del énfasis en el conocimiento enfocado en lugares, las áreas importaban más en términos de su relación con Estados Unidos en el juego de suma cero de la competencia ideológica de la Guerra Fría que como un objeto de análisis significativo en sí mismo, o como una fuente para teorizar acerca de las relaciones mundiales. Por lo tanto, como modo dominante de organizar la producción del conocimiento en Estados Unidos, los estudios de área ocultaron las relaciones entre las regiones de Asia y América Latina y también evadieron el

papel que desempeñó Estados Unidos en la delimitación y conformación de las respectivas áreas, produciendo, en cambio, un modelo de la diferencia más presentista. De esta manera, la política de la Guerra Fría enmarcó dichas áreas como esencialmente diferentes a Occidente y entre ellas mismas, basándose en el supuesto de que se definían civilizatoriamente y eran categórica y mutuamente excluyentes. Como resultado, la relación supuestamente «nueva» de América Latina con China suele evaluarse sin tomar en consideración cómo se construye desde, se reproduce o se desvía de formas anteriores de colaboraciones por el desarrollo con Estados Unidos,<sup>2</sup> o incluso cómo este último ha sido central para la definición de América Latina y Asia.

Los objetivos geopolíticos del modelo de los estudios de área fueron reforzados por su método de conocimiento. El enfoque interdisciplinario de los estudios de área en una región y la competencia lingüística asociada a ella se apoyaba en una división del trabajo intelectual basada en las jerarquías del conocimiento universal versus el particular, y de Occidente versus lo demás. Aunque Occidente podía llegar a conocerse a través de disciplinas que decían producir conocimientos universales —por ejemplo, la economía,

<sup>2</sup> La excepción a esta pregunta es el tema de la dependencia. Más que pensar acerca de Estados Unidos por se, este modo estructuralista de análisis, que dividía el mundo entre centro y periferia, o entre metrópoli y satélite, intentaba explicar el desarrollo de América Latina o Asia con relación a su posición en el sistema e historia más amplios del capitalismo mundial.

la ciencia política, la sociología—, las áreas solo podían llegar a conocerse a través del conocimiento que matizaba ese enfoque con aquellas instituciones, idioma e historia de una región en particular —por ejemplo, las economías asiáticas o los Estados latinoamericanos—. Como plantea Pletsch (1981), tal división del trabajo académico no solo valoraba ciertas formas y productores de conocimiento por sobre otros —por ejemplo, la economía por sobre la antropología—, sino que también señalaba que lo que ocurre en las áreas es un derivado o una desviación de Occidente, el cual es visto como un estándar universal. Este enfoque produjo objetos de conocimiento específicos, «con demarcaciones y límites definidos que funcionaban como un espacio, un lugar “en el cual” algo ocurría» (Walker, 2019: 68), o como «internamente unificadas» (Sakai, 2019: 242), más que producidas relationalmente.<sup>3</sup> Ello tuvo como resultado una relación isomórfica entre territorio y pueblo que no solo creaba una impresión falsa de homogeneidad dentro de un área, sino que también autorizaba campos académicos específicos, como la sinología, dentro de los cuales especializarse en uno evitaba estudiar en profundidad otras áreas con objetivos comparativos.

Dichos enfoques dominantes basados en las ciencias sociales y políticas que privilegian los análisis a

nivel macro y toman al Estado-nación como su punto de partida analítico han intensificado esta impresión de áreas y campos de estudio mutuamente excluyentes. De hecho, Harootunian destaca cómo este tipo de estudio «apeló a la ciencia social funcionalista y a su sistema total como modelo para comprender una región y, en última instancia, se basó en una serie de principios estructurantes que fijaron la identidad de un grupo o región en particular» (Harootunian, 1999: 130).

Estos enfoques se basan en una tendencia hacia el nacionalismo metodológico y confunden a China con el Estado/gobierno, a la vez que extienden los intereses estatales a todos los actores chinos. De manera similar, América Latina aparece a menudo en estos estudios como un actor regional monolítico o como un grupo de Estados con distintas capacidades, cuyas estrategias nacionales diferentes determinan sus relaciones con China. Los balances estadísticos de estas relaciones presentan un sistema internacional determinado por intereses ideológicos y nacionales y/o economías capitalistas más que procesos de, por ejemplo, racialización o colonización (Shih, 2019). Por lo tanto, los gráficos que muestran aumentos dramáticos en el volumen comercial, la cantidad de inversiones, el número de proyectos de infraestructura y de firmantes de la Iniciativa de la Franja y la Ruta de Pekín presentan una evidencia impactante en relación al surgimiento de un nuevo orden mundial presagiado por las relaciones entre China y América Latina.

3 Véase también Harootunian, quien sostuvo que la división del trabajo y el servicio al Estado y a las empresas en los estudios de área funcionaban en contra del desarrollo de un conocimiento integrado de las áreas y a favor de su continua partición y fragmentación (Harootunian, 1999: 133).

Estudios históricos, culturales y análisis antropológicos más recientes se han basado en investigaciones de archivo y/o de campo para ofrecer una nueva visión de Asia y las Américas a través de relaciones de uno a uno o con comunidades, dentro y fuera de las fronteras.<sup>4</sup> Incluso cuando estos estudios se basan en una historia o experiencia nacional particular, tienden a resaltar la naturaleza co-constitutiva de estas relaciones transpacíficas. Las ciencias sociales citan cada vez más estos vívidos retratos de los encuentros para demostrar la existencia de formas anteriores de relaciones entre China y América Latina o para resaltar la relación entre las diásporas chinas en América y las políticas chinas; sin embargo, rara vez los utilizan para problematizar las suposiciones subyacentes acerca del Estado chino o del sistema internacional mismo. Por ello, a pesar de las innovaciones críticas dentro de las humanidades, estos distintos enfoques disciplinarios terminan siendo como dos barcos que se cruzan fugazmente en la noche, cada uno trazando geografías intelectuales separadas más que

cuestionando el océano más amplio en el que se mueven o la brújula moral que los guía.

Lo que necesitamos es una mejor manera de trazar estas relaciones, no desde una posición de control político a distancia, conocimiento universal o contigüidad entre pueblo y territorio, sino con un enfoque conceptual y metodológico que pueda extenderse más allá de las fronteras nacionales.<sup>5</sup> Necesitamos una analítica que une los enfoques humanistas y científico-sociales para imaginar cómo ellos también co-constituyen sus objetos y territorios intelectuales. En consecuencia, dicha analítica debe funcionar en diferentes escalas, ubicaciones geográficas, momentos históricos, posiciones de los sujetos y disciplinas, para resaltar las variables cambiantes que han desempeñado un papel formativo en la configuración de las relaciones entre China y América Latina en un proceso continuo del devenir que nos ayuda a ver los nuevos mundos que están creando.

4 Véanse, por ejemplo, las historias de las relaciones transpacíficas de Young (2014), Chang (2017), González (2017), Hu-DeHart (1995), López (2013), Luis (2024) y Yun (2009). En torno a estudios culturales y enfoques literarios, consultar a Lee (2018), López-Calvo (2022), Rivas y Lee-DiStefano (2016), Hagimoto (2023), Metzger (2020) y Torres-Rodríguez (2019). Y en relación a los estudios etnográficos, véase a de Hearn (2016), Montt Strabucchi et al. (2021) y Siu (2005). Para ejemplos, revisar a Hoskins y Nguyen (2014), Anderson et al. (2018) y Wong et al. (2024).

5 Desde 2019, Jamie Monson y Shobana Shankar, junto con un grupo dedicado a los estudios transregionales, han convocado conversaciones valiosas y continuas acerca de este problema y han planteando propuestas bajo la rubrica del transregionalismo (Monson y Shankar, s.f.). Esta formulación ciertamente se basa en y se ha beneficiado mucho de estas conversaciones.

## Una analítica transpacífica

A diferencia de los enfoques de los estudios de área, una analítica transpacífica se enfoca en las relaciones entre China y América Latina como un espacio de intercambios multidimensional y fluido, navegado por actores diversos, quienes en algunas ocasiones se adhieren a áreas e incluso a Estados-nación tradicionales y en otras no, y muestran una historia con flujos que han configurado la base de las relaciones e identidades contemporáneas. En este sentido, el significado de China en América Latina en la actualidad no se puede divorciar de las múltiples versiones de China y formas de «lo chino» que se han reproducido en y constituyen el propio pasado y presente de América Latina (DeHart, 2021). Más que aislar ciertas naciones o campos de estudios de área como el punto de partida para la exploración de estas relaciones, una analítica transpacífica nos pide avanzar más allá de las ubicaciones geográficas como un lugar limitado de origen o destino, para discernir las diversas formas, personas y objetos involucrados en los intercambios y sus papeles mutuamente constitutivos.

El Pacífico se nos presenta como un amplio marco para pensar acerca de las relaciones entre China y América Latina porque se basa en un modelo transoceánico de flujos e intercambios que resalta las historias, los sujetos y las relaciones de poder que han sido constituyentes para Asia y América Latina, pero que también son aplicables

a otros lugares. Desde hace mucho tiempo, el Pacífico ha sido un sitio de generación de nuevos imaginarios, tanto imperiales como libertadores, celebrados y criticados. Ya sea en la ruta comercial del siglo XVI del Galeón de Manila, en las exploraciones del capitán Cook en el siglo XVIII, o en las batallas de Japón y Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, el Pacífico ha figurado como un espacio contencioso de conquista y resistencia (Hoskins y Nguyen, 2014). A fines del siglo XX, el creciente peso económico de los países del este de Asia, incluyendo a Japón, los «tigres asiáticos» y China, evidenciaba, para muchos, un cambio desde los flujos transatlánticos hacia las circulaciones transpacíficas como el *locus* de la modernidad, lo que ha llevado a algunos a renombrar el siglo XX como el Siglo del Pacífico (Cumings, 2009; McCord, 1993). Más recientemente, podemos ver manifestaciones de ese impulso en el desafortunado Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP, por sus siglas en inglés), que la administración de Obama promovió como parte del «giro hacia Asia» de Estados Unidos. Ese acuerdo, abandonado por Estados Unidos en 2017, reunió a una coalición de países interesados en disminuir las barreras comerciales, impulsar los intercambios en el Pacífico y en neutralizar el creciente poder de China en la región. Por lo tanto, el TPP explotaba el concepto de la «ribera del Pacífico» como un campo continuo de expansión

capitalista e influencia geopolítica. Xi Jinping ha apoyado esta visión desde entonces en su promoción del Área de Libre Comercio de Asia Pacífico (FTAAP, por sus siglas en inglés), la cual presenta a una APEC liderada por China como una fuerza generativa que apoya el crecimiento económico transpacífico.

Sin embargo, en vez de pensar en el Pacífico en términos de las geografías expansionistas de las superpotencias de su ribera, mi uso del término «transpacífico» se basa en el sentido en el que Arif Dirlik (1993) habla del Pacífico como un concepto o idea. De la misma manera, «tal como el Pacífico desafía la categorización fácil, también la literatura académica acerca de él necesita operar en las fronteras entre las distintas formas de producción de conocimiento» (Johnson, 2018: 4). Como explica Hvding, una analítica centrada en el Pacífico puede «causar que las fronteras epistemológicas, metodológicas, e institucionales entre disciplinas se alteren, incluso se rehagan» (Hvding, 2003: 3). Por ende, el Pacífico ofrece la oportunidad de conectar procesos empíricos, enfoques metodológicos y consideraciones conceptuales en distintas escalas, áreas y disciplinas.

En particular, mi uso de la analítica transpacífica intenta avanzar más allá del Estado-nación o áreas culturales para pensar acerca de espacios de interacción y producción cultural que han configurado las relaciones e identidades contemporáneas. Me inspiro en los esfuerzos de Paul Gilroy (1993) por visibilizar la formulación no

solo de un imperio angloparlante único en el Atlántico, sino más bien de los múltiples mundos culturales, políticos y económicos que este puso en peligro y que también lo trascendieron. El modelo de Gilroy se basaba en lo que Boelhower ha denominado «el flujo excepcionalmente circunatlántico de personas, bienes y culturas que produjo la modernidad occidental y también las resistencias a ella» (Gilroy, 1993: 86). Los teóricos transpacíficos posteriores han ampliado este enfoque oceánico para considerar otros tipos de flujos a través del Atlántico (Metzger, 2020) o el Índico (Allen, 2014), para mapear los mundos diversos que estas aguas han conjurado y conectado.

Una amplia gama de académicos ha identificado, de manera similar, al Pacífico como otra «zona de contacto» estratégica que es «central para el problema de cómo los americanos, asiáticos y habitantes de las islas del Pacífico se conocen a sí mismos y entre sí» (Hoskins y Nguyen, 2014: 4). Por lo tanto, ha surgido un campo floreciente de estudios transpacíficos para hacer visibles las historias y formaciones culturales no solo de los migrantes, empresarios y militares que cruzan el Pacífico, sino también de los conocimientos, la estética y los modos de vida de las comunidades subalternas, indígenas e isleñas que dan forma a ese espacio.<sup>6</sup> Junto con el trabajo de Lisa Lowe (2015), cuya historia de la «intimidad de

<sup>6</sup> Véase en particular Hu-DeHart (1999), Hoskins y Nguyen (2014), Anderson et al. (2018) y Wong et al. (2024) para obtener ejemplos.

cuatro continentes» estudia regiones y períodos históricos para trazar la evolución de las nociones liberales de libertad, los enfoques oceánicos han reorientado mi propio pensamiento sobre dónde y cómo estudiar los procesos transregionales.

Sin embargo, si bien los análisis de los flujos transpacíficos entre Asia y América Latina, a través de estudios literarios, visuales y culturales, han proliferado considerablemente, como campo, los estudios transpacíficos no han tendido a centrar el papel generador de Latinoamérica en estos flujos, privilegiando a menudo las relaciones entre las potencias imperialistas de Asia o de Estados Unidos. Quizás por ello, Hoskins y Nguyen (2014) sugieren que este campo emergente opera en la intersección de los estudios asiáticos, los estudios estadounidenses y «Asia como método». Además de privilegiar la experiencia de la migración asiática a Estados Unidos, esta sugerencia destaca cómo los nuevos métodos transregionales a menudo pueden reproducir algunos de los sesgos regionales que buscan superar.

Cuándo y por qué los latinoamericanos chinos se unen en expresiones comunes de solidaridad étnica —o «lo chino»— se convierte aquí en un problema a ser investigado, más que en algo que pueda darse por sentado. Y para resolver aquel problema se necesita comprender cómo lo chino circulaba en los mundos atlántico y pacífico y también cómo se conecta con nociones ya formuladas por actores, con ubicaciones diferentes,

que intentaban reclamar un lugar para sí dentro del marco de la modernidad occidental.

Para trazar estos encuentros, debemos examinar una larga historia de movimientos e intercambios que comenzó siglos antes del surgimiento de los Estados-nación modernos en China y América Latina, pero inauguró formas específicas de China y lo chino que han producido formulaciones integrales y duraderas de identidades nacionales. Desde el siglo XVI y durante los siguientes dos siglos y medio, las naves españolas circulaban plata y bienes de lujo desde China, pasando por las Filipinas y Acapulco, hasta España, en la ruta conocida como el Galeón de Manila. La Corona española estructuró los términos de esta primera interacción transpacífica como parte de sus esfuerzos por beneficiarse del comercio entre Europa, Acapulco, Manila y el sudeste de China, monopolizando la ruta y limitando los viajes a dos por año desde cada puerto. Los comerciantes españoles presentaron a los residentes de las colonias españolas de Nueva España tipos de textiles y arte chinos muy codiciados, y no solo crearon demanda de consumo, sino que inspiraron industrias derivadas en Nueva España (Luis, 2024; Slack, 2010). El traje tradicional de la china poblana y el tipo de cerámica talavera son dos ejemplos de producciones folclóricas y artesanales mexicanas, reconocidas a nivel mundial, cuyas raíces pueden encontrarse en las sedas chinas y las porcelanas pintadas de la dinastía Ming que los artistas locales intentaron

reproducir localmente durante esta época (Slack, 2010). Sin limitarse a los productos, a finales del siglo XVII, los comerciantes chinos y las personas dedicadas a oficios como los barberos, zapateros y músicos también establecieron un reducto dentro del Parián, el mercado asiático, en la Plaza Mayor de Ciudad de México (Hu-DeHart, 1989, 1995). Cuando desapareció el Galeón, junto a la lucha por la independencia mexicana de la Corona española, el legado del intercambio, comercio y producción artística de China en América estaba ya firmemente establecido.

Dentro de esta historia, una analítica transpacífica resalta las distintas maneras de conformación e identidad de los sujetos que han sido producidas por intercambios, más que dar por sentado que las formaciones nacionales o étnicas son el punto de partida para la comprensión de estas relaciones. La exclusión racial de los chinos siguió el ejemplo de las leyes migratorias exclusionarias con base racial de Estados Unidos y Canadá del siglo XIX y se convirtió en una premisa fundamental de la identidad latinoamericana, es decir, una forma en la que los latinoamericanos se alinearon con la blanquitud y la modernidad occidental. Agregaron la diferencia china al crisol de categorizaciones y jerarquías raciales que conformaban la americanidad (Quijano y Wallerstein, 1992). Tal diferencia racial desempeñó un importante papel simbólico en la construcción de la nación al encarnar al otro radical contra aquel que definía a los ciudadanos latinoamericanos

(Chang, 2017; González, 2017; Lee, 2018; Young, 2014). Por esta razón, historiadores como Erika Lee (2005) y Jason Chang (2019) han mostrado cómo el orientalismo hemisférico, que establece lo chino como un elemento perpetuamente foráneo, estimuló la violencia antichina en todo México y América Central basándose en una «comprensión racializada de los chinos como una amenaza económica, social y cultural» (Lee, 2005: 238). Por ende, una historia del encuentro de China con América Latina ayudó a «forjar» una identidad regional y una imagen de homogeneidad cultural, más que basarse en un sentido vigente e intrínseco de un lugar e identidad. Es importante descubrir estas experiencias y representaciones de China y lo chino en períodos anteriores de intercambio y conexión porque, como describo a continuación, estos antecedentes configuran las suposiciones y el vocabulario a los que muchos latinoamericanos ahora recurren para hablar acerca de la presencia contemporánea de China en la región.

## Devenires transpacíficos

Mi uso del término «transpacífico» refiere no solo a la larga historia y múltiples formas de interacción que han producido a los actores que suponemos que son los protagonistas de las relaciones actuales entre China y América Latina, sino también a una comprensión más matizada del sistema mundial y las relaciones dentro del mismo a lo largo del tiempo y el espacio. Más que verse limitada por las ideas estructurales de «Occidente versus el resto» o de «el Norte Global versus el Sur Global», una analítica transpacífica intenta entender no solamente puntos de salida y llegada, sino procesos del devenir que son configurados por una compleja red de conexiones a múltiples escalas en el Pacífico que han sido constitutivas para Asia y América y su lugar en mundos cambiantes.

Una analítica transpacífica, como yo la utilizo, considera las configuraciones y flujos globales cambiantes en términos de ensamblajes emergentes, construidos con flujos y relaciones entrelazados. El ensamblaje, originalmente articulado por Gilles Deleuze y Félix Guattari (1981),<sup>7</sup> ha sido definido por teóricos posteriores como un «descriptor, *ethos* o concepto» (Anderson y McFarlane, 2011: 125); sin

embargo, todos están de acuerdo en que la idea se basa en la «emergencia, multiplicidad e indeterminación» (McFarlane y Anderson, 2011: 162). Es decir, más que imaginar el escenario mundial en términos de estructuras rígidas que (sobre)determinan la naturaleza y la significancia de ciertas identidades, relaciones o encuentros, la idea de ensamblajes emergentes nos ayuda a imaginar cómo diversos agentes, lógicas, valores y prácticas se unen para producir formas provisionales que se mantienen unidas sin solidificarse completamente. En cambio, la interacción de las partes que constituyen un ensamblaje conforma tanto el todo como las partes constituyentes, y crea, por ende, la capacidad de hacer nuevas formas o el proceso de un «devenir» interminable (Deleuze y Guattari, 1981: 272). Es este proceso continuo de crear o devenir el mundo lo que resulta crucial para la comprensión de múltiples Chinas y Américas Latinas que aparecen en las relaciones contemporáneas entre China y América Latina.

La historia de América Central ofrece un ejemplo revelador. En el siglo XIX, la disminución de la trata transatlántica de esclavos situó a lo chino como sinónimo de la mano de obra barata necesaria para construir la infraestructura y economía de las incipientes naciones centroamericanas. Como parte de las guerras del Opio entre el Reino Unido y los gobernantes de la dinastía Qing, las fuerzas

7 Los antropólogos y geógrafos se han basado en varias ocasiones en el trabajo de Bruno Latour (1993) y Deleuze y Guattari (1981), para articular diferentes definiciones de ensamblajes. Ver, por ejemplo, la formulación de «ensamblajes mundiales» de Ong y Collier (2007), o la idea de las «redes» como ensamblajes de Escobar (2008). Para una geografía crítica, ver Anderson y McFarlane (2011) y Dittmer (2013).

británicas sometieron a los territorios chinos a su control (y al de otras potencias extranjeras) y obligaron a China a abrir el comercio. Partiendo por Hong Kong y siguiendo con otros puertos abiertos como Macao, los intermediarios locales y extranjeros fueron reclutando y contratando a miles de trabajadores culíes con contratos laborales de ocho años en el Caribe para suplementar y luego reemplazar la mano de obra esclava en las plantaciones del hemisferio occidental. A estos trabajadores chinos ya los estaban reclutando para Panamá en 1853 para que ayudaran a construir el canal transístmico y luego la vía férrea, por lo que la infraestructura vital es un sitio importante relacionado con lo chino en la región. Cuando terminó la construcción de la vía férrea, muchos de los trabajadores chinos originales y una nueva generación de inmigrantes transpacíficos se instalaron con pequeños negocios de abarrotes y suministros a lo largo de las vías férreas de América Central junto a hoteles, restaurantes y lavanderías. Por lo tanto, los procesos de imperialismo británico, jerarquías de trabajo racializadas, la construcción de la infraestructura nacional en América Central y los pequeños negocios privados convergieron para configurar lo que China y lo chino significaban en América Central entre el siglo XIX y los inicios del siglo XX.

Lo importante es que esta configuración particular de poder, procesos y personas reflejaba no solo una idea específica de lo global y del lugar e identidad de los diferentes

territorios y sus habitantes, sino que también trajo cambios en los mismos elementos que la conformaban. En otras palabras, tal como los migrantes chinos transformaron a las incipientes naciones centroamericanas a través de su trabajo en las vías férreas nacionales, ellos mismos se transformaron, pasando de ser residentes de la región de Cantón a residentes extranjeros y, finalmente, ciudadanos de América Central.

Esa particular formulación de las relaciones e identidades globales dio paso a otros ensamblajes, ya que diferentes actores (por ejemplo, Taiwán), valores (el anticomunismo) y relaciones globales (la Guerra Fría) reconfiguraron los elementos y el significado de lo chino a lo largo del tiempo y el espacio.<sup>8</sup> A fines del siglo XX, lo chino en América Central se manifestaba como asistencia taiwanesa para el desarrollo, una oleada de migrantes educados y emprendedores y la intensificación del desarrollo orientado al libre comercio y a la exportación. El gobierno taiwanés suministró armamento para apoyar la contrainsurgencia centroamericana y se posicionó como un socio democrático que estaba pasando por su propio proceso de transformación: desde ser una sociedad agrícola a una potencia económica. En una subversión de los elementos que habían definido las relaciones transpacíficas en épocas anteriores, lo chino en América Central

<sup>8</sup> También existe una sólida literatura sobre las relaciones entre China y América Latina durante la Guerra Fría. Al respecto, véase a Alba (1961), Ratliff (1972), Rothwell (2013) y Xianglin y Shi (2018).

se llegó a asociar con las maquiladoras textiles, los esfuerzos anticomunistas, la asistencia para el desarrollo y la expansión económica neoliberal de Taiwán. Por ende, el poner atención a estas relaciones, formas de producción, intercambios y significados cambiantes, fomentados a través del Pacífico, nos permite entender diferentes ensamblajes de lo chino y su papel en la constitución de América Central y también las diferentes formulaciones de América Central que se construyeron con los encuentros con lo chino.

La actualidad nos ofrece otra renegociación de estas relaciones transpacíficas y procesos del devenir en los que emergen nuevas formas cambiantes de China, América Latina y lo global. Mientras que las oleadas anteriores de migrantes chinos a América estaban compuestas principalmente de hombres, parlantes de cantonés, campesinos o comerciantes del valle del río de las Perlas de la provincia de Cantón en el sudeste de China, que contrajeron matrimonio con mujeres centroamericanas o trajeron esposas de la misma región de Cantón, se han vuelto más comunes los migrantes más recientes de Macao, Hong Kong y otras partes de China continental. En América, a estos inmigrantes generalmente los consideran como una representación del ascendente gobierno mundial chino en Pekín y de un mundo multipolar posterior a la Guerra Fría en el que los actores del Sur Global —incluyendo a China y América Latina— están ejerciendo nuevas formas de poder y alianzas. Debido

al éxito económico y la proyección mundial del gobierno de la República Popular China, lo chino cada vez se asocia más a ideas de comunismo, emprendimiento, infraestructura, extractivismo y capitalismo de Estado. No obstante, estas relaciones y significaciones globales cambiantes no han borrado los marcos orientalistas de la diferencia y amenaza chinas como las narrativas históricas de insularidad, monopolios, inescrutabilidad y vicios chinos que continúan configurando las ideas de lo chino y su relación con América Latina.

El enfoque en las relaciones y configuraciones cambiantes nos ayuda entonces a ver tanto los cambios como las continuidades que se desarrollan a lo largo del tiempo y el espacio cuando distintas fuerzas políticas, económicas y culturales se unen para (re)producir América Latina y China con relación a la otra más que de forma aislada. Es más, cada una de estas configuraciones refleja la «agencia de los todos y las partes, no lo uno ni lo otro» (McFarlane y Anderson, 2011: 163) y produce una sensación de «poder como pluralidad en transformación» (Anderson y McFarlane, 2011: 125). Al final, estas historias y procesos diversos de imbricación mutua ilustran por qué no solo la historia de las relaciones transregionales entre China y América Latina, sino también el enfoque en un Estado chino monológico es insuficiente para comprender el pasado y el futuro de los desarrollos transpacíficos.

Por ejemplo, en mi trabajo de campo etnográfico en América Central, los locales usaban frecuentemente

estereotipos racializados del siglo XIX de los chinos como trabajadores, comunidades aisladas y emprendedores monopolizadores en sus apreciaciones de los desafíos de esta nueva era de colaboración por el desarrollo con la República Popular China. En Costa Rica, muy a menudo he escuchado elogios a los trabajadores importados desde China por su laboriosidad, quienes, al construir el nuevo estadio nacional, «trabajaban como hormigas». Tales representaciones se articulaban junto al escepticismo acerca de los proyectos estatales chinos que se creía tendían a favorecer a las empresas chinas e intentaban obtener algún objetivo económico dudoso porque «los chinos están siempre intentando sacar ventaja» y/o «no se puede confiar en ellos». Dichas narrativas racistas posicionan a las culturas, instituciones y actores chinos contemporáneos no como intrusos «nuevos», sino más bien como una continuación de íntimas relaciones históricas de intercambio y diferenciación.

El ensamblaje transpacífico señala las formaciones cambiantes de trabajo,

raza, capital, ideología e identidad que definen lo global, no solo en las geopolíticas cambiantes, sino también en las experiencias vividas y las relaciones en terreno. Rastrearlas significa utilizar distintas herramientas conceptuales y metodológicas que nos ayuden a entender las relaciones transregionales y su importancia para los diversos actores y áreas que tradicionalmente han sido el objeto de análisis de Occidente. La analítica transpacífica presta atención a cómo estos ensamblajes específicos han producido formas de lo chino que han sido fundamentales para la larga historia de relaciones transoceánicas y hoy sirven como el terreno material y simbólico en el que se están desarrollando las relaciones actuales entre China y América Latina. Una analítica transpacífica cuestiona tanto la arquitectura conceptual y material de la política, estrategia y cultura internacional, como la manera en que diferentes perspectivas disciplinarias llegan a conocerlas, a la vez que se sigue privilegiando el conocimiento y experiencia enfocados en el entorno.

## Translocalidad

Las contribuciones conceptuales y metodológicas de una analítica transpacífica intentan desestabilizar la división del trabajo intelectual de los estudios de área y sus geografías esencialistas. Ello ocurre metodológicamente al enfocarse en las diversas relaciones «translocales»

que han contribuido a los encuentros entre China y América Latina, junto con la interrogación simultánea de las suposiciones escalares que las apoyan. Dicha orientación metodológica es capaz no solo de abordar los elementos cambiantes de los ensamblajes mundiales variables, sino que lo

hace utilizando el conocimiento y la experiencia enfocados en lugares que informan las comprensiones y prácticas locales. De esta manera, resalta «cómo emancipar nuestra imaginación del régimen del Estado nación, no negando el régimen mismo, sino más bien problematizando el nacionalismo metodológico que permea la producción del conocimiento [...] en las disciplinas académicas de los estudios de área» (Sakai, 2019: 267). La analítica transpacífica se involucra en estas conexiones translocales y con ello puede ofrecer nociones empíricas que apoyen sus aseveraciones, combinando enfoques disciplinarios para aclarar la forma en que los procesos co-constitutivos de la formación y significación de los sujetos ocurren a lo largo del tiempo y el espacio.

¿Qué significa privilegiar lo translocal? El concepto de translocalidad no es nuevo, pero lo plantean tanto geógrafos críticos como antropólogos para problematizar las nociones limitadas y estáticas de un lugar local primordial en favor de procesos dinámicos, controvertidos y conectados. Massey, por ejemplo, postuló lo local como una «constelación particular de relaciones sociales, que se encuentran y se entrelazan en un lugar determinado» o «un punto de intersección» (Massey, 1994: 154). Gupta y Ferguson (1997) distinguieron entre la «política local», que a menudo presupone la comunidad local como lugar de origen con una relación isomórfica con el lugar, y la política de ubicación, que destaca un proceso continuo y controvertido de creación

de lugares. Finalmente, Oakes y Schein enfatizan la relación entre ubicación y movilidad de modo que, para ellos, la translocalidad hace referencia a los «vínculos sociales, culturales y financieros que la movilidad forja» entre lugares (Oakes y Schein, 2006: xii).

Una analítica transpacífica considera seriamente la forma en que los intercambios y encuentros translocales son generativos para la infraestructura dinámica que ha permitido y orientado una historia de cruces entre China y América Latina y los significados que han producido para/de la otra. Como sugiere Matsuda, el Pacífico constituye «un ensamblaje histórico de elementos más pequeños: navegaciones entrelazadas, migraciones y asentamientos en regiones conectadas intermitentemente» (Matsuda, 2012: 2). Sin embargo, estos ensamblajes son translocales, ya que «adoptan significados completamente solo cuando se vinculan con otras historias y lugares» (Matsuda, 2012: 5). Lo translocal puede incluir elementos tan diversos como las políticas nacionales de migración, organizaciones locales étnicas y de ayuda mutua, leyes acerca del matrimonio, prácticas comerciales, acceso al capital, medios, o incluso rumores. Estos procesos translocales, al ser infraestructuras, «posibilitan o resisten» flujos de un lado al otro del Pacífico (Hoskins y Nguyen, 2014: 25); sin embargo, generalmente los análisis que insisten en los marcos analíticos nacionales o a nivel macro los ocultan.

Por ejemplo, cuando recordamos la historia de los flujos laborales chinos hacia América, antes descritos, los

agentes que participaron en estos flujos muchas veces fueron descritos como «chinos»; mas, al enfocarnos en la naturaleza translocal —en vez de transnacional— de estos flujos, vemos la importancia de Cantón y Hong Kong como partes de una red mayor que estructura movimientos, intercambios y permanencias. Henry Yu (2018) se refiere a esta comunidad como el «Pacífico cantonés» para destacar sus relaciones múltiplemente situadas y translocales que están ancladas en visiones culturalmente específicas del pasado y del futuro. Más que simples «nodos» en un sistema de circulación, Cantón y varios lugares a lo largo de la costa este de América vinculaban procesos de colonialismo británico, transporte transpacífico, regímenes laborales racializados, capitalismo global y movilidad intergeneracional ascendente. Tal visión translocal aclara la relación dinámica entre agentes que entrecruzan escalas de análisis tradicionales para reproducir una identidad y una experiencia transpacífica distintiva a lo largo del tiempo y el espacio.

Tal como nos sugiere el ejemplo anterior, la analítica transpacífica estudia la translocalidad no solo para privilegiar lo local, sino para indagar acerca de los múltiples proyectos de producción de escalas y creación de mundos de los cuales forma parte. Los «proyectos de producción de escalas» imaginan formulaciones de lo local y lo global no «limitán[dose] a invocar en diferentes escalas», sino «invoca[ndo] las escalas mismas» (Tsing, 2005: 57). En otras palabras,

más que simplemente reflejar las estrategias de desarrollo nacional o las realidades geopolíticas mundiales, este enfoque nos permite preguntarnos cómo un estadio «nacional» o un puerto «mundial» «nos hacen imaginar lo global para ver cómo puede tener éxito» (Tsing, 2005: 57). Por lo tanto, en vez de preguntarnos «¿está China transformando al mundo?», este enfoque pregunta ¿qué nuevos mundos se invocan con la infraestructura cambiante de las relaciones transpacíficas? ¿Cómo cuerpos, formas e ideas particulares que constituyen estos proyectos translocales visibilizan articulaciones contingentes de identidad, lugar, comunidad y política que no pueden verse contenidas por los modelos de espacio de sur a sur y de los estudios de área?

En mi propia investigación en América Central, esta misma atención a los procesos translocales de producción de escalas revela la existencia de múltiples Chinas y Américas Centrales en los encuentros de varios actores y en cómo se autodefinen en términos de sus relaciones entre ellos en un proceso de cambio continuo (DeHart, 2021). En la vida diaria en América Central, lo chino puede funcionar como un espacio de deseo de modernidad y un ejemplo de atraso, un flagelo comunista y un socio democrático, un vecino local y un extraño extranjero. Por lo tanto, un proyecto «local», como un nuevo barrio chino, puede simultáneamente percibirse como desplazamiento de la historia local y como una invasión de un gigante internacional.

Asimismo, en estas interacciones, los centroamericanos resultan ser beneficiarios subdesarrollados de los proyectos estatales chinos y también ser vistos como sujetos blancos, occidentales y modernos en comparación con la diferencia étnica china. Por lo tanto, aunque un modelo de estudios de área puede dar por sentado que China es un actor monolítico en Asia y América Latina, como una región singular moldeada por una historia y cultura regional común, un análisis transpacífico nos permite apreciar el papel inestable, cargado de poder y co-constitutivo de su multiplicidad.

Especialmente en este momento de intensa chinofobia en Estados Unidos, un enfoque translocal es crucial también para desestabilizar las representaciones del gobierno chino como un actor único y monolítico ubicado en Pekín y cuyas intenciones podemos rastrear para evaluar el resultado de políticas en América Latina. Como he intentado mostrar en mi trabajo, los actores e instituciones asociadas con el desarrollo chino en América Central no pueden reducirse a agentes de los intereses estatales de la República Popular China ni ubicarse solamente dentro de China o de América Latina. Los empresarios guatemaltecos de ascendencia china, los empleados de las empresas estatales chinas que construyen infraestructura en Panamá, los dueños taiwaneses de plantas ensambladoras en Nicaragua, los emprendedores de Hong Kong que se desplazan por América y los

miembros de la Asociación China en Costa Rica reflejan posiciones ideológicas, intereses generacionales y de clase, etnicidades y nacionalidades distintas, incluso cuando pueden estar relacionadas, de alguna manera, con los esfuerzos chinos por el desarrollo en Centroamérica. Las múltiples versiones de China y de lo chino que representan se han forjado a través de una historia de acuerdos políticos que implementaron el trabajo bajo régimen de servidumbre de los culíes en el siglo XIX; la construcción de vías férreas en toda América Central realizada con mano de obra migrante china; los años de relaciones diplomáticas y de cooperación para el desarrollo con Taiwán; la cadena de asociaciones chinas en toda América Central; las ferias de comercio y los acuerdos comerciales que vinculan a los comerciantes chinos en ambas regiones; los proyectos de infraestructura en América Central construidos por empresas chinas, los cuales han cobrado cada vez más importancia. Los ejemplos anteriores muestran que estos procesos no se originan todos en un lugar o que existe un flujo unidireccional hacia otro (por ejemplo, desde China a América Latina), sino que se construyen a través de flujos intrarregionales internos complejos y flujos transregionales entre áreas y a lo largo del tiempo. Por lo tanto, mientras que los análisis políticos tienden a enfocarse en Estados-nación específicos, sus intenciones y resultados, lo que necesitamos es una analítica que nos permita entender las orientaciones e identificaciones

diversas de estos actores dentro de las redes y encuentros translocales en múltiples sitios y formas de lo chino en todo el Pacífico.

De manera similar, la política de una sola China en América Central no puede entenderse simplemente como un asunto de políticas nacionales chinas ni de geopolítica mundial. Por el contrario, el análisis transpacífico hace que le prestemos atención a las interacciones de las empresas taiwanesas que están triangulando la producción entre China y América Central, a las asociaciones chinas en América Central compuestas por migrantes cantoneses que tienen

solidaridad con Taiwán y a las embajadas chinas en competencia en América Central (¿Taipéi o Pekín?). En estas instancias, el mirar translocalmente —con el Pacífico como nuestro marco— nos permite apreciar la proliferación de varias Chinas a lo largo del tiempo y del espacio de maneras localizadas, pero también que reflejan procesos más amplios que ellas mismas. Por lo tanto, podemos preguntar de qué manera ciertos tipos particulares de actores e iniciativas o políticas se visibilizan o suprimen como parte de políticas locales, nacionales o mundiales y como parte de China y América Latina.

## Conclusiones

Como revela esta atención a la translocalidad, la historia de las relaciones transpacíficas se compone de asociaciones entre individuos emprendedores y gobiernos extranjeros, poderes coloniales y contratistas particulares, empresas multinacionales y comunidades migrantes, diseminadas a lo largo de relaciones transnacionales densas. No obstante, un análisis transpacífico enfatiza la manera en que se han producido estas múltiples Chinas y Américas Latinas, y también cómo los procesos de racialización siguen desempeñando un papel generativo en la configuración de las relaciones internacionales.

Por lo tanto, investigaciones futuras basadas en un análisis transpacífico podrían enfocarse en una amplia gama

de actores y procesos que hasta la fecha no han ocupado un papel central en los análisis convencionales de las relaciones entre China y América Latina. Estos actores podrían incluir los intermediarios de transacciones comerciales o alianzas políticas que cruzan los mundos del Pacífico o el Atlántico o que triangulan a actores chinos, latinoamericanos y otros con redes emergentes. Podrían también incluir los beneficiarios de los intercambios educativos patroncinados por el Estado chino que convierten su experiencia transpacífica en iniciativas de desarrollo institucional o de traducción cultural, o bien centrarse en colaboraciones o competencias intraregionales entre representantes municipales u organizaciones locales que buscan establecer nuevos puntos

de referencia para los intercambios y las relaciones transpacíficas.

Repensar las relaciones entre China y América Latina utilizando un análisis transpacífico nos permite desestabilizar áreas tanto epistemológicas como culturales, y también las suposiciones escalares y las jerarquías de valor que las apoyan. Al hacerlo, obtenemos una comprensión matizada y plural de las

múltiples Chinas en América Latina, de sus múltiples lugares de producción, mediación y negociación en el Pacífico, junto a las variadas formas que América Latina adopta al interactuar con lo chino. Y, además, entendemos mejor las implicaciones de las visiones globales que están siendo ensambladas por los desarrollos transpacíficos actuales.

## Bibliografía

Alba, V. (1961). The Chinese in Latin America. *The China Quarterly*, 5, 53-61.

Allen, R. (2014). *European Slave Trading on the Indian Ocean, 1500-1850*. Ohio University Press.

Anderson, B. y McFarlane, C. (2011). Assemblage and geography. *Area*, 43(2), 124-127. <https://doi.org/10.1111/j.1475-4762.2011.01004.x>

Anderson, W., Johnson, M. y Brookes, B. (Eds.). (2018). *Pacific Futures: Past and Present*. University of Hawai'i Press.

Armony, A. y Strauss, J. (2012). From going out (*zou chuqu*) to arriving in (*desembarco*): Constructing a new field of inquiry in China-Latin America interactions. *China Quarterly*, 209, 1-17. <https://doi.org/10.1017/s0305741011001457>

Boelhower, W. (2008). The Rise of the New Atlantic Studies Matrix. *American Literary History*, 20(1-2), 75-100. <https://doi.org/10.1093/alh/ajm051>

Chang, J. (2017). *Chino: Anti-Chinese Racism in Mexico, 1880-1940*. University of Illinois Press. <https://doi.org/10.5406/illinois/9780252040863.001.0001>

\_\_\_\_\_. (2019). Comparative Orientalism in Latin American revolutions: Antichinismo of Mexico and El Salvador. *Latin American Research Review*, 54(4), 992-1006. <https://doi.org/10.25222/larr.615>

Cumings, B. (2009). *Dominion from Sea to Sea: Pacific Ascendancy and American Power*. Yale University Press.

DeHart, M. (2021). *Transpacific Developments: The Politics of Multiple Chinas in Central America*. Cornell University Press.

Deleuze, G. y Guattari, F. (1981). *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia*. University of Minnesota Press.

Dirlik, A. (1993). *What's in a Rim? Critical Perspectives on the Pacific Region Idea*. Westview Press.

Dittmer, J. (2013). Geopolitical assemblages and complexity. *Progress in Human Geography*, 38(3), 385-401. <https://doi.org/10.1177/0309132513501405>

Escobar, A. (2008). *Territories of Difference: Place, Movements, Life, Redes*. Duke University Press.

Gilroy, P. (1993). *The Black Atlantic*. Harvard University Press.

González, F. (2017). *Paisanos Chinos: Transpacific Politics among Chinese Immigrants in Mexico*. University of California Press.

Gupta, A. y Ferguson, J. (1997). Culture, power, place: Ethnography at the end of an era. En A. Gupta y J. Ferguson (Eds.), *Culture, Power, Place: Explorations in Cultural Anthropology* (pp. 6-29). Duke University Press.

Hagimoto, K. (2023). *Samurai in the Land of the Gaucho: Transpacific Modernity and Nikkei Literature in Argentina*. Vanderbilt University Press.

Harootunian, H.D. (1999). Postcoloniality's unconscious/area studies' desire. *Postcolonial Studies*, 2(2), 127-147. <https://doi.org/10.1080/13688799989715>

Hearn, A. (2016). *Diaspora and Trust: Cuba, Mexico and the Rise of China*. Duke University Press.

Hoskins, J. y Nguyen, V.T. (2014). *Transpacific Studies: Framing an Emerging Field*. University of Hawai'i Press.

Hu-DeHart, E. (1989). Coolies, shopkeepers, pioneers: The Chinese of Mexico and Peru (1849-1930). *Amerasia*, 15(2), 91-116.

\_\_\_\_\_. (1995). The Chinese of Peru, Cuba, and Mexico. En R. Cohen (Ed.), *Cambridge Survey of World Migration* (pp. 220-222). Cambridge University Press.

\_\_\_\_\_. (1999). Introduction. En E. Hu-DeHart (Ed.). *Across the Pacific: Asian Americas and Globalization* (pp. 1-28). Temple University Press.

Hviding, E. (2003). Between knowledges: Pacific studies and academic disciplines. *The Contemporary Pacific*, 15(1), 43-79. <https://doi.org/10.1353/cp.2003.0013>

Johnson, M. (2018). Introduction: The declension of history. En W. Anderson, M. Johnson y B. Brookes (Eds.), *Pacific Futures: Past and Present*, (pp. 1-14). University of Hawai'i Press.

Latour, B. (1993). *We Have Never Been Modern* (Trad. Catherine Porter). Harvard University Press.

Lee, A.P. (2018). *Mandarin Brazil*. Stanford University Press.

Lee, E. (2005). Orientalisms in the Americas: A hemispheric approach to Asian American history. *Journal of Asian American Studies*, 8(3), 235-256. <https://doi.org/10.1353/jaas.2005.0051>

López, K. (2013). *Chinese Cubans: A Transnational History*. University of North Carolina Press.

López-Calvo, I. (2022). *The Mexican Transpacific: Nikkei Writing, Visual Arts, and Performance*. Vanderbilt University Press.

Lowe, L. (2015). *The Intimacies of Four Continents*. Duke University Press.

Luis, D.J. (2024). *The First Asians in the Americas*. Harvard University Press.

Massey, D. (1994). A global sense of place. En D. Massey, *Space, Place, and Gender* (pp. 146-156). University of Minnesota Press.

Matsuda, M. (2012). *Pacific Worlds: A History of Seas, Peoples, and Cultures*. Cambridge University Press.

McCord, W. (1993). *The Dawn of the Pacific Century: Implications for Three Worlds of Development*. Transaction Publishers.

McFarlane, C. y Anderson, B. (2011). Thinking with Assemblage. *Area*, 43(2), 162-164. <https://doi.org/10.1111/j.1475-4762.2011.01012.x>

Metzger, S. (2020). *The Chinese Atlantic: Seascapes and the Theatricality of Globalization*. Indiana University Press.

Monson, J. y Shankar, S. (s.f.). *Conceptual Introduction to Trans-Regional Studies Initiative*. Michigan State University. <https://africa.isp.msu.edu/program/transregional-studies-initiative/>

Montt Strabucchi, M., Chan, C. y Ríos, M.E. (2021). *Chineseness in Chile: Changing Representations During the Twenty-First Century*. Palgrave Macmillan.

Oakes, T. y Schein, L. (Eds.). (2006). *Translocal China: Linkages, Identities, and the Reimagining of Space*. Routledge Press.

Ong, A. y Collier, S. (Eds.). (2007). *Global Assemblages: Technology, Politics and Ethics as Anthropological Problems*. Blackwell Publishing.

Pletsch, C. (1981). The three worlds, or the division of social scientific labor circa 1950-1975. *Comparative Studies in Society and History*, 23(4), 565-590. <https://doi.org/10.1017/s0010417500013566>

Quijano, A. y Wallerstein, I. (1992). Americanity as a concept, or the Americas in the modern world system. *International Social Science Journal*, 44(4), 549-557.

Ratliff, W. (1972). Communist China and Latin America, 1949-1972. *Asian Survey*, 12(10), 846-863. <https://doi.org/10.2307/2643063>

Rivas, Z.M. y Lee-DiStefano, D. (Eds.). (2016). *Imagining Asia in the Americas*. Rutgers University Press.

Rothwell, D. (2013). *Transpacific Revolutionaries: The Chinese Revolution in Latin America*. Routledge.

Sakai, N. (2019). The regime of separation and performativity of area. *Positions*, 27(1), 241-276.

Shih, S.M. (2019). Racializing area studies: Defetishizing China. *Positions: Asian Critique*, 27(1), 33-65. <https://doi.org/10.1215/10679847-7251806>

Siu, L. (2005). *Memories of a Future Home: Diasporic Citizenship of Chinese in Panama*. Stanford University Press.

Slack, E. (2010). Sinifying New Spain: Cathay's influence on Colonial Mexico via the Nao de China. En W. Look Lai y T. Chee-Beng (Eds.), *The Chinese in Latin America and the Caribbean* (pp. 7-31). Brill.

Torres-Rodríguez, L. (2019). *Orientaciones transpacificas: La modernidad mexicana y el espectro de Asia*. University of North Carolina Press.

Tsing, A. (2005). *Friction: An Ethnography of Global Connection*. Princeton University Press.

Walker, G. (2019). The accumulation of difference the logic of area. *Positions*, 27(1), 867-876.

Wong, L., Patterson, C. y Lin, C.T. (Eds.). (2024). *Transpacific, Undisciplined*. University of Washington Press.

Xianglin, M. y Huiye, D. (2018). Latin American studies in China during the Cold War. *Latin American Perspectives*, 45(4), 141-147.

Young, E. (2014). *Alien Nation: Chinese Migration in the Americas from the Coolie Era through World War II*. University of North Carolina Press.

Yu, H. (2018). Unbound space: Migration, aspiration, and the making of time in the Cantonese Pacific. En W. Anderson, M. Johnson y B. Brookes (Eds.), *Pacific Futures: Past and Present*, (pp. 178-206). University of Hawai'i Press.

Yun, L. (2009). *The Coolie Speaks: Chinese Indentured Laborers and African Slaves in Cuba*. Temple University Press.